

## EPILOGO DEL AUTOR

A LOS

### **CORTESES LECTORES.**

---

Poco diré por vía de epílogo. Cuanto quise publicar en LAS VIAS DEL CORAZON lo dije por extenso en los capítulos precedentes. Réstame sólo añadir dos palabras sobre el trabajo hecho. Una para un crítico en particular, y otra para los benévolo lectores en general.

Si bien el Relato se desarrolla en muchos lugares distintos, desenvolviéndose en escenas variadísimas, versa propiamente



sobre una historia de íntima conciencia. Al tejerla, me propuse descubrir las costumbres protestantes de Inglaterra y de otros países. Sobre lo cual un ilustre publicista inglés se dignó favorecerme con algunas observaciones. Ahora bien; si aquel clarísimo literato se pone á hojear la segunda edición, que sale á luz juntamente con este último capítulo, conocerá desde luego cuánto valor he concedido á sus corteses advertencias, aprovechandolas para mejorar mi obra. Sírvale esta contestación, mejor que ninguna otra, de público testimonio de mi gratitud.

Al mismo tiempo descubrirá también que no siempre creí debía aceptar sus indicaciones. Entre otras, me advierte que algunos nombres propios, algunos incidentes cómicos y algunas miserias de protestantismo sacadas á relucir, no servirán para obtener la benevolencia de los lectores británicos, á los cuales, sin embargo, bondadosamente juzga provechosa mi novela. Cuya advertencia hizo en mi singular impresión por lo grave de la censura, y por la condición del crítico, que tiene gran fama. é indudable competencia en las cosas patrias. Por esto, si bien á otras advertencias tuyas respondí con una simple acla-

ración al pié de la página, quiero aquí dar á la mencionada satisfacción cumplida.

Observe, pues, y con él cualquier otro lector honrado, mayormente no católico, que no escribí LAS VIAS DEL CORAZON en país protestante, donde el error es desventura de muchos y quizás culpa de pocos. Es justo, sin duda, que un católico respete allí en el hermano de distinta religión la honrada conciencia y el convencimiento, más digno de compasión que de reproche. Si en Inglaterra, ó en otra parte, donde los católicos están mezclados con los protestantes, hubiese debido dar á luz esta obra, muy gustosamente hubiera supuesto con frecuencia la honradez posible de mis compatriotas. Tanto es verdad, que dirigiéndome en cada página á personas nacidas fuera de la Iglesia católica, rindo tributo á su virtud moral con abundantísimas demostraciones. Hasta me parece haber en esto superabundado, de manera que ningún hombre no católico de sensatez puede juzgarse ofendido, y más de un católico pusilánime atribuirme podrá una credulidad excesiva. Si sale alguna pincelada dura de mi pincel, la reservo para los lugares donde los mismos protestantes honrados no las escasean: para el calvi-



nismo arriano y casi ateo de Ginebra; para el apostolado vengativo de sacerdotes y frailes que han tomado mujer; para las orgías obscenas de algunas regiones de América, y para más de una secta torpe, que á un tiempo deshonran á la religión y á la especie humana. Sólo una vez en el curso del Relato describo á un predicante con colores de carbón; pero considérense las circunstancias, y se verá que no he querido con esto asemejar me á los libelistas que apestan ahora la Italia con odiosas calumnias contra la Religión y el clero. Realmente no hablé de un ministro de una comunión protestante determinada, sino de un impostor sin fe ni ley, disfrazado de sacerdote. Ahora bien; así como ningún católico se resiente cuando la policía se apodera de uno que se supone ministro del Señor, ningún católico puede lastimarse si se saca à la vergüenza à un fingido sacerdote.

Todo esto era necesario para el desarrollo de mi plan. Escribo en Italia, donde la herejía no es un convencimiento erróneo de conciencias honradas, sino un oficio de sacrílega ganancia; donde el error contra la fe y el odio á la Iglesia de Jesucristo son predicados á fuerza de menti-

ras, introduciéndose por la perfidia; donde aventureros de diez ó veinte sectas divertidísimas conspiran para que caigan en el abismo mis compatriotas, comprando con dinero contante las almas, y cometiéndolo otras execrables imposturas (¡los he oído y visto yo!) que sus propios amigos rechazarían como impías y aborrecibles. Tenía, pues, precisión de presentar á mis lectores italianos, no solo el protestantismo de los que yerran de buena fé, que poco á poco acogen gustosamente la luz cuando la descubren, sino también el protestantismo de los apóstatas en toda su amplitud, con sus últimas consecuencias, y con sus variantes más á propósito, para dar una idea correspondiente à la historia contemporánea. Si no lo hubiera hecho así, la única análisis de conciencia que me proponía presentar en escena, hubiérame salido truncada, fría, muerta, inútil, inexplicable casi para los italianos; la circunstancia de haberlo hecho de dicha manera, me ha valido un coro uánime de aprobación por parte de mis lectores, que no me permiten dudar de que procedí con rectitud.

Ciertamente, hablando así en abstracto, puede ser que en la ingrata precisión de



desmentir à los embusteros y desenmascarar á los viles, me haya salido alguna estocada demasiado terrible; pero anotando ahora de nuevo tranquilamente por la reimpresión las cosas escritas, veo con mis ojos que no sale una palabra que dulcificar; y que si consulto mi corazón, no hallo una sola fibra que acredite mala voluntad á los protestantes de nacimiento, ó á otros hermanos míos envueltos de inculpable modo en las tinieblas de los errores: siento, por el contrario, tales disposiciones, que si llegasen á encontrar en mí semejante fibra, la extirparía, por no convenir en aquel precepto de San Pablo: *Charitas omnia sperat*. Me persuado también de que ningún no católico que tome mi libro, podrá no quedar penetrado de que las VIAS DEL CORAZON corren sencillamente á su meta, mirando solo la estrella de la verdad; me será grato haberle abierto un más ancho horizonte para estudiar las condiciones del moderno protestantismo.

Esto basta al benemérito crítico inglés. A los otros benévolos diré algo ahora. Ante todo las más vivas gracias à los que dentro y fuera de Italia me han proporcionado abundantes consuelos, mientras la novela venía publicandose en *La Civiltà*

*Católica*, y principalmente al clarísimo abogado D. José María Carrulla, que casi contemporáneamente la difundía por España, traduciéndola en buen castellano para los cuadernos de LA CIVILIZACION de Madrid (1) Es tanta la deuda y tantos mis deudores en este particular por los alientos recibidos, que no puedo sino reconocerme, sin dolo alguno, deudor en quiebra, incapaz de satisfacer nunca la cuenta pendiente.

(1) Aquí aprovecho la buena coyuntura para darle también mil gracias por las fieles traducciones de *Los Cruzados de San Pedro*, del *Tigranate* y de *Los Corazones populares*

(Nota del autor.)

El traductor dá las más rendidas y afectuosas gracias al ilustre novelista por sus palabras benévolas en extremo, que no puede aceptar, por ser de todo punto inmerecidas. Si hay defectos en el libro admirable, llamado á fama imperecedera, están indudablemente en nuestra pobre traducción. La penúltima obra del eminente P. Franco, gloria de la religión de nuestro insigne compatriota San Ignacio y ornamento de las letras, requería un traductor sabio, castizo, profundamente conocedor del idioma italiano, de gran tranquilidad de espíritu, y de otras circunstancias de que carecemos sin disputa.

Por lo demás, nuestro amor propio, al vernos elogiados de un modo tan lisonjero, no nos ha impedido dar vueltas al pensamiento de suprimir las líneas referentes á nuestra persona insignificante. Persuadidos al fin de que no lo podíamos hacer salimos del terrible compromiso en que nos ha puesto el célebre redactor de *La Civiltà Cattolica* diciendo que su favor es tanto más de agradecer, cuanto faltan títulos para él. Ojos amigos no ven defectos, y no es maravilla que el Padre Franco disimule ó no vea los de nuestra versión, con ser tantos y tan deplorables.

Por lo demás, cuando empezamos á publicar las VIAS DEL CORAZON, el P. Franco no había escrito aún el Apéndice. No podíamos pensar que deberíamos traducir elogios de nuestra humilde persona.



A lo menos quiero persuadir á mis deudores de mi buena voluntad de satisfacer la deuda (lo que no hacen siempre los que adeudan dinero), respondiendo á ciertas preguntas que cien veces me han hecho, para que no sigan criticándome. Sí señores; el Relato es *histórico* en su sustancia: los incidentes de Nápoles, de Turin de Génova y de Florencia hablan por sí siendo de los que ocurren todos los años diez veces á lo menos: las escenas de Ginebra y de los Estados Unidos las saqué de documentos irrefragables; á la Virgen del Casentino, adornada con un collar de perlas, del modo con que se cuenta, la ví con mis propios ojos; el prodigio de Lourdes, como conviene á tal linaje de sucesos, es uno de los mil registrados en las públicas memorias. Lo mismo podría repetir de otras narraciones que en el curso de la publicación despertaron grandemente la curiosidad de los lectores.

—Pero quisiéramos saber, sobre todo, dice aquí uno de los aludidos, si la familia inglesa cuyos casos se cuentan, es una creación de mera fantasía, ó bien si aquella mistress Needle, aquel John y los demás vivieron en el mundo realmente.

—Pues bien, sí; los he copiado todos del

natural y del vivo, bien que, tomándome alguna licencia permitida, haya modificado los lineamentos para acercar la naturaleza al ideal.

—Y aquella Julia, replican algunas jóvenes lectoras, ¿es propiamente una criatura de carne y hueso?

—¡Precisamente! Aún ella “come, bebe y viste paños:” me consta que algunos lectores míos podrían citar su nombre y su familia ilustre. A mí, para inventarla, bastábame traerla á la memoria y mudar sus condiciones, para que al mirarse en el espejo del libro no debiese avergonzarse su modestia.

—¿Pero es realmente tan docta y tan fecunda?

—Poco á poco: Julia sabe su catecismo, y lo sabe todo; si entiende algo más, ¿tengo yo la culpa? Leyó no pocos buenos libros, y con su ingenio napolitano vivasísimo, los aprovechó: ¿qué maravilla que recuerde las cosas aprendidas con oportunidad en sus conversaciones, y que su saber brille por algunas sabias reflexiones? Por lo demás, ella no es tan decidora que no sepa muchas veces ponerse á un lado con mucha gracia, y dejar que teologicen personas doctas, así católicas como protestan-



tes, que deben saber y saben más que ella.

—Pase lo de la cultura religiosa (me replica una pizpireta no mala, si bien con la cabeza llena de lazos, de caprichos y de locuras); pero ¿cómo puede ahondar tanto en la historia natural, aprender el latín, y hasta decir algo del griego?

—Oiga: había Julia estudiado mucho, como otras discretas jóvenes que conocí, las cuales nutrieron su educación con semejantes materias. Me ha sucedido á mí propiamente á mí pasar algunas semanas en la mansión hospitalaria de un ilustre caballero italiano, escritor célebre, quien me rogó que le dejase memoria de mi presencia, entreteniéndolo á su familia con ocho ó diez lecciones de literatura. Ahora bien: ¿qué tema se creará que yo elegí? ¿Acaso una novela en boga, para hilvanar un poco de crítica fantástica? No por cierto. Me puse á comentar un poeta griego, y aseguro que al contrario asistían, además del cultísimo caballero, su esposa, sus hijos y su hija, con el texto clásico en la mano, suscitando dudas y pidiendo aclaraciones. Ahora bien. ¡Vea mi lectora cortés como aún las jóvenes pueden saber algo más que la danza y las cavatinas de Verdi! Persuá-

dase también de que hay cien doncellas italianas que añaden á su persona humilde alteza, y que mil más existirían si, en vez de malgastar el tiempo delante del espejo y de consumir las noches en las diversiones, lo aprovecharan como corresponde á una virgen cristiana. Aprovéchese de esto la aludida, y, si quiere, dígalo también á su mamá.

Con esto, paréceme haber dado suficiente descargo de mi persona y de mi libro. Ahora, cediendo por algún tiempo la pluma á un novelista mejor, ruego á Dios que dé prosperidades á mis lectores y á los suyos.



## INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
Una simpatía casual.....	7
Desconfianza y sospechas.....	15
Mútua confianza.....	35
El Parque verde y su curato.....	54
¡Pobre Julia!.....	66
Soledad del alma.....	78
Los empobrecidos.....	94
Una historia de lágrimas.....	103
Lo más amargo de la copa.....	124
Escrúpulos y preparativos de guerra.....	137
El concordato patente y las intenciones reservadas.....	151
Candor y chismografía.....	176
Fréjus.....	199
Chácharas para evitas chácharas.....	210
Un defensor y una defensora de los Valdenses.....	228
Un desígnio de batalla.....	242
Más consejos aún.....	257
Cómo se hace la colada en familia.....	270
Detrás de la puerta.....	292
El milagro y su lógica.....	307
De silla á silla.....	327
Un cuarto de hora en la estación de Alejandría.....	342
Armonía y desentono en Génova.....	356



II

Primeras auras de Florencia.....	391
!Lo he visto yo!.....	404
Una escaramuza encarnizada.....	421
Con la vela en la mano.....	441
Sir Contraveneno.....	456
Mis estudios, ó la pureza protestante.....	468
Un viaje á Nápoles.....	490
Al teatro en Florencia.....	503
Los vendedores de biblias y libros.....	519
Cree y peca.....	531
Una desobediencia bíblica.....	547
Mina y contramina.....	555
A la caza.....	577
Ansiedad materna.....	610
Lógica y sofisma.....	624
Cositas de nada.....	652
Cositas de menos que nada.....	665
La ornitología moral.....	677
Coquetas y pisaverdes.....	687
Cazadores y cazadoras.....	696
La procesión.....	714
El sermón de las perlas.....	728
Martillo y yunque.....	742
Consulta de conciencia.....	754

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Págs.
Un golpe de estado.....	7
Un proceso secreto en familia.....	39
Una noche borascosa.....	59
Fortuna y virtud.....	75
Una abjuración y media.....	86
La herencia.....	104
La fuente de Lourdes.....	116
Apariciones y revelaciones.....	133
Rosario católico y rosario protestante.....	153
¡Y es protestante!.....	170
El balance del viaje.....	189
El domingo de los pietistas.....	210
Cuidados parroquiales de una señora.....	219
Una terrible desgracia, ó sea la capilla independiente.....	240
Confesión protestante.....	261
Trataríamos, puseistas y ritualistas.....	283
Jerkers, Jumpers, Barkers.....	301
La mayor edad.....	321
Principia el fin.....	331
La última cuestión y la caída.....	347
Los preparativos de la lucha.....	363
La resolución.....	371
Melancolía.....	391
El concilio y el motete.....	401
La ira del cordero.....	421



## IV

Una hora de remordimiento .....	433
El pecado contra el Espíritu Santo .....	441
Tempestad y luz .....	451
Una hora de triunfo .....	467
Clara y Clemencia .....	475
La primera bendición católica .....	489
Los primeros pasos hacia la Iglesia .....	498
Los fervores primeros .....	515
Las conciencias timoratas .....	529
El bautismo .....	547
Una nube en el horizonte .....	563
Los últimos Sacramentos .....	577
El testamento y una media idea .....	585
El delirio y sus efectos .....	597
El corazón en la familia .....	613
Una cabeza de hierro .....	621
El amor racional .....	639
Epílogo del autor á sus corteses lectores .....	665



